



1.—Bubi, jefe de una familia.

2.—Mujer bubi criando.

3.—Cocoroco ó reyezuelo bubi que manda en varias familias.

ISLA DE FERNANDO POO. (1)

CAPITULO II.

En el anterior, recordarán aquellos de nuestros lectores que le hayan leído, que dimos una idea general de esta desamparada isla española, haciendo mención de su topografía, temperamento, historia, y principales productos; así como del escaso y mezquino comercio que, á pesar de su ventajosa situación, mantiene con el exterior é interior. También recordarán que combatimos con datos justificados, á nuestro parecer, la mala idea que de la isla se tiene, y que especialmente en España ha llegado á vulgarizarse, empezando por el gobierno que en todas épocas, y mucho mas en la nuestra, ha tenido consagrado al mas lamentable y criminal olvido aquel importante descubrimiento del audaz argonauta portugués cuyo nombre lleva. Cúmplenos hoy, como ofrecimos en el primero, hablar en este artículo del número de población que hay en Fernando Poo, y de las razas indígenas en que está dividida, con el relato de otros detalles curiosos que puedan interesar de algun modo al que no tenga noticias de aquellas apartadas y desconocidas regiones, tan poco mencionadas de los viajeros é historiadores.

Sobre los especiales datos que obraban en nuestro poder, y la excelente Memoria del Pro. D. Gerónimo de Ucerá y Alarcon, ya citado por nosotros, contamos hoy con las que sobre las Islas africanas de España, Fernando Poo y Annobon, escribieron los señores D. José de Moros y Morellon, y D. Juan Miguel de los Rios, las cuales fueron premiadas por la Sociedad económica matritense en el concurso que abrió esta corporación en 1842.

No hay mucha conformidad en el número de habitantes existentes

(1) La lámina que acompañó al artículo 1.º, publicado en el número 46 de este periódico, la cual representa la capital de Fernando Poo, Santa Isabel, tenía unos números, cuya explicación vamos á dar ahora. 1. Punta española.—2. Fuente que suelta á la población.—3. Muelle hecho de maderos.—4. Almacenes, cobertizos y depósito de carbon de piedra.—5. Islotes Adelaidas.—6. Monumento levantado á los oficiales de la armada inglesa que perecieron en la expedición al Niger verificada en 1841.—7. Templo Baptista.—8. Una casa.—9. La de los misioneros ingleses.—10. La del gobernador, junto á la cual oudea el pabellon de España.—11. La de la familia mas rica del país.—12. Otra de misioneros.—13. Arbol llamado de la Jura porque bajo de él se hizo la solemne proclamación de Isabel II por reina de aquellas islas en 1845.—14. Templo que edificaron los baptistas en 1845 (Estas noticias las da Bemés á Ucerá).

hoy en Fernando Poo: aunque á riesgo de pecar en corta diferencia de mas ó de menos, puede establecerse que llegan á 15,000, escasa población á la verdad para las dimensiones de la isla y los buenos productos de ella, pero grande si se atiende al abandono en que ha yacido siempre, y á la ninguna colonización que ha recibido. Estos habitantes se dividen en razas, y las razas en familias; unas son originarias ó propiamente llamadas indígenas, y otras extranjeras. De las primeras no hay en realidad mas que una, en quien residen todos los privilegios y distinciones, que es la que lleva el nombre de Bubi. De las segundas, las mas conocidas y numerosas son las de los Crumanes, Timané, la Acra, la Cabo-costa y la Jamáica.

La Bubi está dividida en familias que capitanean ciertos gefes ó caciques denominados Cocorocos, cuyo retrato verán nuestros lectores en la lámina que va al frente de este artículo. Los nombres de las mas principales familias bubis son los siguientes: Patahuila, Lebola, Basipú, Basile y Banapa. En el casi completo estado de barbarie en que estas pobres gentes se hallan, no obstante su índole naturalmente buena y hospitalaria, sus racionales instintos, y su gran cariño á los europeos, comparten sus quehaceres entre la pesca y la caza, lo que constituye tambien sus únicos medios de subsistencia. No son muy aficionados á las faenas del campo, á pesar de lo cual se dedican medianamente al cultivo del ñame, tabaco, y otras plantas indígenas. Imitan en lo general á sus vecinos del continente en el gusto por los recreos y adornos; así es, que se pintan el rostro, se llenan de bermellon la cabeza, basta hacerse una peluca roja que oculta de todo el punto el pelo, y usan pendientes en la nariz. Envidiosos de nuestras barbas y bigotes, que no les ha concedido la naturaleza, suelen llevar postizos de ambas cosas, con lo cual creen que se revisten de mucha gravedad, y que adquieren la dignidad europea.

El gobierno primitivo, ó sea el patriarcal, es el que se conoce entre estos buenos isleños. Ya hemos dicho que la raza bubi se divide en familias, y que al frente de cada una está el Cocoroco, que es el patriarca de ella, el cual acostumbra á aconsejarse en negocios graves con los ancianos y esperimentados de la misma familia, á quienes reúne en forma de senado.

Digamos algo de las creencias religiosas y de sus ideas en materias de justicia: parécenos que ya algun lector nos lo pregunta acosado de ese comun sentimiento de curiosidad que inspira siempre la personalidad de un pueblo desconocido. Los naturales de Fernando

1.º DE JUNIO DE 1851.

Póo, tanto los bubis de que vamos hablando, como los de otras razas de que hablaremos despues, adoran un Dios cuya unidad reconocen, y al cual por una singular coincidencia dan un nombre que suena como Yehovah. Mas buenos y nobles que sus hermanos de Africa, son tambien menos supersticiosos que ellos, y no se entregan á los actos de barbarie y ferocidad que hacen aborrecibles los fastos de la idolatría. Desgraciadamente, aunque isla española, Fernando Póo no profesa ni entiende todavia nuestra santa religion: unos anabaptistas ingleses que han establecido en Santa Isabel una iglesia, son los que empiezan á atraerlos á la suya. Hé aqui otra de las razones que al gobierno debieran impulsar á la ocupacion y colonizacion de aquellas posesiones.

En cuanto á ideas de justicia, estos negros que carecen de todo conocimiento legal, é ignoran todo detalle de nuestra civilizacion, aborrecen profundamente el adulterio y le castigan cortando ambos brazos á la mujer delincuente. Por Europa estamos mas civilizados, y sabemos ya el modo con que libertar al ornato público de tantas *manchas*. La poligamia se autoriza entre ellos con poca diferencia lo mismo que en otros puntos; el gusto suele ser general en Africa y en la que no es Africa.

Su decálogo se asemeja al nuestro: *no debeis mentir*, ni *b-üi pa-le* ó sea *bi-so-ai*; *amad á Dios con todo vuestro corazon*: *bu-da e Yehovah e te ba o busia*: *yo no debo tomar lo que es de otros*, fue *pa-le o* al *aoli ui ote oku* (1): *si yo peca, no puedo ver á Dios*, na *n-sei la be n-tshi a he lu o-bo-hoh Yehovah*: *haced bien á todos los hombres*: *se-ita e-be tshu e-ma le-le*.

Lo dicho convencerá á nuestros lectores de que esta gente lleva adelantado para la civilizacion todo lo que concede la naturaleza.

En cuanto á las otras razas, pocas palabras bastarán para darlas á conocer. La de los crumanes, que es pequeña, procede de Setrakron, pais continental al occidente, y tienen la particularidad de que se circuncidan la frente en la niñez. Están esparcidos por toda el Africa, y se dedican á conducir grandes pesos; hacen allí el papel de *vehículos* que los *gallegos* por acá. Las *timané*, acra y Cabo Costa son originarias de Sierra Leona, y han acudido en muy corto número á buscar fortuna á Fernando Póo; en nada se diferencian por consiguiente del resto de Africa. En cuanto á la Jamaica, se compone de un cortísimo número de familias emigradas de la Antilla del mismo nombre que poseen los ingleses. Ya hemos dicho que los *bubis* son hospitalarios; con efecto, todas las razas citadas han encontrado proteccion y bienestar en Fernando Póo, aunque obedeciendo y respetando siempre á aquella como verdadera señora de la isla, y en quien residen todas las dignidades y privilegios.

Concluiremos nuestras observaciones acerca de Fernando Póo con algunas palabras sobre la colonizacion que necesita. Don Juan Miguel de los Rios, en su *Memoria* ya indicada, ocupándose de este asunto, propone dos medios para utilizar la isla, y dice: «Lo primero que se necesita son capitales: este será el elemento principal, y nada mas propio para conseguirlo que estimular el interés privado con las ofertas mas productivas y seguras. Una asociacion general establecida en España, aunque se admitiesen socios extranjeros, en la cual se repartiesen acciones hasta cubrir el capital que se creyese necesario, en la cual se haria un cómputo de los productos comunes que podria rendir aquel territorio, en la cual se asegurase y garantizase su éxito, hasta el punto de garantizar á cada sócio que si la sociedad no ganaba pagaria con el reparto de aquel terreno á las acciones en triple ó cuádruple valor; y en la cual, finalmente, se admitiesen por sócios á los que, á falta de los primeros, se ofreciesen á tomar tierras, beneficiarlas é ir pagando su propiedad; seria uno de los medios de utilizar aquellas islas.»

El otro recurso propuesto por el Sr. Rios para colonizar á Fernando Póo, lo explica él mismo en estos términos: «Otro medio mas difícil, pero que conseguiria el objeto, seria ceder cada una de aquellas islas á algun gran propietario, que bajo cualquier título hereditario y ciertas preeminencias, las llevase en feudo por determinadas generaciones, previa la legal escepcion que esto requeriria de lo actualmente vigente en nuestra legislacion, y si así lo pudiese el proponente, sujetándose empero á las autoridades y régimen del gobierno: ó sin estas prerrogativas una cesion simple bajo cierto canon ó renta, y pudiendo disponer el propietario de aquellos terrenos. El gobierno siempre sostendria sus tropas y autoridades y la vigilancia y demas que en todas las posesiones del estado.»

Estos dos medios que el Sr. D. Juan Miguel de los Rios propone en su *Memoria*, y que son referentes tanto á Fernando Póo como á Annobon, revelan que ha estudiado detenidamente el asunto, y que abraza los deseos de un buen español. Nosotros, sin embargo, no los

creemos igualmente eficaces ni convenientes; estamos conformes con el primero, es decir, con el de una *sociedad*; pero reprobamos el segundo como insuficiente, irrealizable, y sobre todo contrario á nuestra legislacion actual, segun el mismo autor indica con toda franqueza. Adoptariamos, pues, el primero; mas ¿es fácil en un pais donde el espíritu de especulacion recorre una órbita pequeñísima, en una nacion en que abundando inmensos capitales suelen juntarse estos para acometer empresas mezquinas, mientras que se desatienden otras importantes? ¿es ni siquiera probable que una sociedad arriesgue, ni imagine siquiera arriesgar, los peligros que consecuentemente habia de traer el proyecto de colonizacion en nuestras posesiones africanas? El interés privado, y en esto estamos perfectamente de acuerdo, es un elemento mas poderoso que otro ninguno en empresas de gran tamaño; pero es una vez puesto en movimiento. Lo difícil es imprimirle el impulso, y en España punto menos que imposible.

Quien está en la obligacion de colonizar la isla de que nos ocupamos, quien no debe reparar en peligros, menores siempre que las ventajas que se habian de reportar, es el gobierno, que dispone de todos los medios, y que hasta por egoismo debe aspirar á esta gloria. Que disponga una expedicion ordenada, rica en recursos, y á cuyo frente vaya un gefe jóven, entendido y ansioso de conquistar los inmarcesibles lauros que en todos los paises están reservados á los hombres que contribuyen al mejoramiento de la raza humana y á la civilizacion. Casi no existe en España una reputacion moderna tan justa ni envidiada como la que alcanzó Olavide, y siempre podria vanagloriarse con mas fundamento el gefe que colonizase á Fernando Póo é introdujese allí nuestras costumbres y creencias, que el que en una provincia de España, sin peligros ni azares, consigue sacar por diputado, contra el deseo general, á un Pedro Fernandez que nadie conoce.

EMILIO BRAVO.

LA SIGEA,

NOVELA ORIGINAL.

CAPITULO VIII.

La bondad del rey D. Juan III.

El gabinete particular del rey tenia vistas á la playa. D. Juan gustaba mucho de ver entrar y salir los buques, y exclamaba con frecuencia: ¡Qué lastima que yo sea rey; hubiera sido un gran marinero! Pero S. M. se engañaba. Era mas fácil ser rey como S. M. lo era, que ser gran marinero como lo fué Gama. Para ser rey no habia necesitado don Juan III sino nacer. Para ser gran marinero necesitó Gama estudiar. No obstante, los cortesanos le aseguraban que S. M. hubiera sido tan gran marinero como gran rey, y esta sutileza lo conciliaba todo.

Estaba D. Juan contemplando los buques desarbolados que se alcanzaban á distinguir en la bahia, y tan absorto se hallaba, que no oyó al gentil-hombre anunciando á Luisa Sigea.

Entró la maestra de latin, y el rey continuó de espaldas algunos instantes. Pero cuando volvió la cabeza se sorprendió mucho de su propia distraccion y dijo riendo:

—No te he sentido entrar. Estaba mirando los destrozos que la borrasca hizo anoche. Yo hubiera sido un regular marinero. ¿Qué te parece?

—Que es mejor que V. M. sea rey.

—No te agradezco esa respuesta. Siendo marinero pudiera hacer muchas cosas notables como Balboa, como Vasco, como Colon; pero siendo rey... á no ser que hiciera lo que carlos V, meterme en tierras agenas y dar batallas sin necesidad... ¿Qué dices á esto?

—Señor, que la Alemania es tierra propia.

—Si, si, para vuestro emperador todas son *tierras propias*; tambien lo es Francia, tambien lo es Italia y toda la América.

—El emperador ha respetado á Francia y á Italia. En cuanto á...

—Quitándole la Espada á Francisco I y desobedeciendo al pontifice... pero dejemos estas cosas. Queremos mucho á nuestro tío á pesar de su inquietud, y si no le imitamos es porque nos gusta la paz. La reina ha pedido para ti esta audiencia y presumimos que tendrás algun motivo interesante.

—Si, señor, venia á pedir á V. M. una gracia.

—Habla.

—V. M. ha firmado anoche una orden de prision.

—Hemos firmado unas cuantas.

—Pero una contra Luis de Camoens.

—Luis de Camoens... Luis de Camoens... Me parece que si. ¿No es ese muchacho que hace versos?

—Si, señor, que hace versos.

(1) Y á propósito de este singular precepto, que suelen olvidar algunas veces los que escriben, debemos declarar aqui, que estas noticias filológicas están sacadas del apéndice que á su *Memoria* puso el ya citado por nosotros D. Gerónimo Tejera.

—Pues sí: la hemos firmado. Es un pendenciero. Anoche le dió de estocadas á otro.

—¿Han informado á V. M. del motivo?

—No, no hemos preguntado.

—Señor, Luis de Camoens vió saltar la verja del jardín de palacio á un embozado. Quiso conocerlo por respeto á SS. MM.; el desconocido se negó á revelar sus designios. Camoens le obligó á que se defendiese, riñeron, y Camoens le hirió. La hora, el misterio y la obstinación del desconocido prueban que sus designios eran malos, y Camoens al esponder su vida ha hecho al trono un servicio que no merece ser castigado con la prisión.

—Es verdad. No nos habían dicho nada de eso.

—V. M. puede informarse, y ver que es cierto lo que le digo.

—No, te creemos.

—Considere V. M. que castigando á los que defienden los jardines, se asegura la impunidad á los osados, y que si una vez consigue un malhechor burlar la vigilancia de los guardas, ningún caballero se atreverá en adelante...

—Eso es indudable y no queremos semejante cosa. Esa verja se salta fácilmente y la habitación de la reina cae para el jardín... Ahora mismo vamos á dar una orden para que sean condenados á pena de muerte los que se atrevan á saltar la verja.

Inocentemente acababa de escitar Luisa Sigea la fibra mas delicada de D. Juan: los celos. Desde aquellas calumnias que se levantaron contra la reina, y que á pesar de haberse desvanecido dejaron una impresión dolorosa en el corazón del rey, el menor incidente le sobresaltaba. Figuróse en estos instantes que acaso el herido era un galán rondador como el príncipe de quien tuvo tan graves sospechas, y se ofusó su mente con mil pensamientos sombríos.

—Señor, dijo Luisa, yo no he venido á escitar en el alma de V. M. el enojo, si no á mover su piedad, y dando una orden tan rigurosa se agravaría la pena del delincuente sin redimir la del desgraciado. Dignese V. M. absolver á Luis de Camoens permitiéndole que marche en la flota donde está ya agregado para la expedición á la India.

—El caso es, dijo el rey reflexionando, que le han tomado manía á ese muchacho. Dicen todos que es un tontuelo presumido. A mí, la verdad, sus versos no me parecen gran cosa... ¿Qué opinas tú que eres buena poetisa?... ¡eh!

—Señor, dentro de tres siglos, cuando mi nombre y el de todos los poetas que escriban élogos en Portugal yazgan sepultados bajo el polvo de nuestros sepulcros, se copiarán unos versos en todos los idiomas para admiración de todas las naciones, y esos versos serán los de Luis de Camoens.

El rey miró atónito á la Sigea y luego dijo haciendo una mueca que indicaba haber ya comprendido la razón de aquellos elogios inauditos.

—Vamos: está bien. Esa fraternidad no es mala. Haremos poner en libertad á ese muchacho, sea lo que quiera y que se vaya á la India y vuelva rico. Si se porta bien, empeñamos nuestra palabra real de premiarle. Pero créeme, hija mía, aconséjale que se dedique á las armas y abandone las letras. A ti te puede parecer bien lo que escribe: no lo extraño; pero Miranda, que es imparcial, piensa de diferente modo.

La Sigea se sonrió, y no queriendo contradecir al rey, bajó la cabeza afectando hallarse confusa.

D. Juan escribió luego dos líneas en un pliego y lo entregó á la Sigea.

—Señor, respondió arrodillándose ¡gracias: mil gracias!

—Basta, basta, hija mía, replicó D. Juan enternecido. ¡Dios te haga dichosa!

Los azulados ojos del monarca se humedecieron brillando con una dulzura paternal. La feliz Lusitania no ha conocido jamás á los reyes tiranos. Los que no sábios ni conquistadores, han sido, cuando menos, reyes benéficos. El hijo de D. Manuel el Grande, abuelo del valiente don Sebastian, no fué ni grande ni valiente, pero fué bueno.

Apenas había salido la Sigea de la habitación del rey, cuando entró su favorito el conde de Castanheira. D. Juan le temía como temen todos los hombres pacíficos, aunque sean reyes, á los de carácter iracundo, aunque sean vasallos, y lo mismo fué verlo entrar que fingió hallarse muy disgustado.

—Buenos días, conde, le dijo sin levantar la cabeza y haciendo pedacitos un papel.

—Téngalos muy felices V. M.

—Acaba de pasar una escena que me tiene todavía conmovido.

—V. M. es demasiado sensible.

—No lo creas, á ti también te hubiera conmovido.

—Si place á V. M. que me conmueva me pondré perlático sin que me la cuente, pero aseguro á V. M. que incluso la muerte de la condesa nada me puede conmover.

—No sé de qué tienes el corazón.

—De carne, señor, y no de manteca.

—Se me antoja que es de hueso.

—Mejor; será mas fuerte y no estará espuesto á derretirse.

—Vamos á otra cosa. ¿Por qué le tienes tú manía á ese pobre Luis de Camoens?

—Yo, señor, no le tengo manía.

—Creí que lo querías mal y me alegro haberme engañado.

—¡Se alegra V. M.!

—Sí, porque... ya te contaré... Pero siéntate, siéntate.

Sentóse el conde, y el rey le alargó una caja de Indias llena de tabaco. Merced que el rey no concedía si no á Castanheira.

—Iba diciendo, prosiguió, que á pesar de la orden que firmé, quiero que ese pobreillo se vaya á la India y se le perdone la riña de anoche.

—V. M. quiere cosas bien imposibles...

—¡Cómo! ¡qué! exclamó el rey con altivez.

—Cosas bien imposibles, porque V. M. quiere ser justo y quiere perdonar á Camoens.

—Es que tú no sabes lo que pasó. Camoens hirió al otro por defender el jardín, y por Dios santo que también pienso tomar una providencia con esto de los jardines. ¡Pena de muerte al que salte la verja!

—Pues pena de muerte contra Luis de Camoens que la saltó.

—¿Y quién dice que Camoens la saltó?

—Yo que lo eché del jardín.

—¡Ah, ya! por eso su enamorada se oponía á que la ley fuera tan dura contra los que entrarán en el jardín...

—¿Su enamorada?

—Es claro. Ha venido aquí muy afligida á pedirme su perdón...

—Señor, pensad en lo que decis. ¿Ella ha venido á solicitar el perdón de Camoens?..

—¿Qué tiene eso de malo, conde?

—¡Señor, le costaría la vida!

—¡Calla! ¡calla! ¿pues qué tienes que ver con ella?

—Soy su tío, y su tutor.

—¡Su tío! ¡su tutor!... Nada me había dicho la reina de este parentesco, ni de esta tutoría.

—¡Es posible que siendo dama de palacio no lo supiera V. M.!

—Sí, yo sabía que tenías una sobrina dama de palacio; pero no creía conocerla. Ni me figuraba que tuviera un nombre tan famoso.

—Señor, en mi familia no hay sino apellidos famosos. Por eso miro tanto por la honra de ella y la haré pagar su indiscreción...

—De ninguna manera. Te prohibo castigar á esa pobre jóven.

—Pero me permitirá V. M. que le pregunte si la ha concedido la libertad de Camoens?

—Por supuesto.

—¡Cielo santo!...

—Y por poco me hace llorar el exceso de su agradecimiento, añadió el rey volviendo á enternecerse.

Castanheira guardó silencio unos instantes como ahogado por el furor, y luego dijo con tono brusco y sombrío:

—V. M. acepte la dimisión de mi empleo, de mis títulos y de mis honores; porque me alejo de la corte para siempre.

—Jesús, exclamó el rey pálido y tembloroso. ¡Conde, qué es eso! ¡estás loco! ¿No podemos hacer una gracia con buena intención, y luego conocer que es en perjuicio de otro y anularla?...

—V. M. es muy dueño.

—Pues ya lo creo que puede suceder, como ha sucedido. Pero todas las cosas tienen remedio.

—Autoríceme V. M. para que ahora mismo pueda llevar á mi sobrina al real monasterio de Odivellas y la orden no se cumplirá.

—¡Conde! ¡me parece eso un poco duro!... ¡pobre muchacha!

—V. M. puede elegir entre ambos.

—Tienes un génio endemoniado, exclamó el rey con enojo, y vive el cielo que eso no lo hemos de sufrir. Vamos á ceder ahora porque estamos pensando que es mejor sacar á tu sobrina de tus garras, pero está cierto de que otra vez sabremos hacer nuestra voluntad.

Mientras decía esto el rey, con la arrogancia de un niño que ha sido vencido por un hombre y aun pretende disculpar su debilidad, el conde había tomado la pluma y escribía la autorización que había de firmar el rey.

Una vez firmada, salió del gabinete, se dirigió á la habitación de su sobrina y sin dárle explicaciones, la hizo conducir al monasterio de Odivellas.

(Continuará.)

CAROLINA CORONADO.



EL PRADO Y LA SOCIEDAD MADRILEÑA EN 1825.

Entonces era yo *pollo*: pero *pollo* á la manera de entonces, como lo era también la sociedad española.—No había esta *galleado* aun tan alto como lo ha hecho después, merced al desarrollo de las ideas agitadas y sulfúricas de este siglo del vapor que atravesamos.—Los niños se contentaban con ser niños, comer golosinas, comprar aluluyas, hacer jugarretas al *dómine*, y aprender bien ó mal á *Nebrija* al compás de la *palmeta* y de la *cola*.—Los mancebos imberbes eran enamorados y bailarines, esperaban á las modistas á la salida del taller para acompañarlas y comprarlas flores, y por la noche asistían á las academias de baile de *Belluzi* ó de *Besuguillo* para ponerse al corriente de la nueva cortesía de la *Gabota*, ó del último solo del *rigodon*.—El sastre *Ortet*, el zapatero *Galan*, el peluquero *Falconi*, y el

sombrerero *Leza*, cuidaban de apropiarse á sus juveniles personas los preceptos inapelables de los figurines parisienses, los *carricks* de cinco cuellos, las levitas polonesas de cordoadura y pieles, los pantalones plegados, los fraks de faldon largo y mangas de jamen, los sombreros cónicos, las corbatas metálicas y cumplidas, y los cuellos de la camisa en punta agudísima, las botas á la *bombé* ó á la *farolé*, y el cabello levantado y recortado á la *inglesa*.—Dichosos tiempos en que no se habían inventado aun las barbas prolongadas, ni el bigote retorcido ó se habían dejado como patrimonio á los militares y capuchinos!—El *gubán* nivelador y socialista y la negra corbata no habían aun confundido como después todas las clases, todas las edades, todas las condiciones: el capote de mangas y el *rus*, eran patrimonio de los hombres entrados en años; la capa con embozos escarlata y cordoadura de oro, á la *Atmavica*, envolvía airosamente la persona de los jóvenes elegantes; la cumplida casaca, el chaleco, calzon y media negra, corbata, pechera y guante blanco, representaban la edad proveya, la

alta posición, el severo carácter del funcionario ó padre de familias; el pantalón ajustado de punto blanco y la bota de campana, los colores varios y pronunciados del frac, tales como azul de Prusia, verde pistacho, gris claro; los chalecos pintorescos con botonadura de filigrana, los dijes y baratijas en cadenas y sellos, y finalmente el hiperbólico y complicado nudo de la corbata, eran los distintivos de la inofensiva y alegre *pollería* de tres á cuatro lustros.

El vestido y adorno de las damas, era también estremado, aunque si ha de decirse la verdad, carecía del gusto y variedad que ha adquirido después. El talle alto por lo general, deslucía los cuerpos, y quitaba gracia y flexibilidad al movimiento; las *dulletas* ó *citoyennes* de seda entreteladas, y guarnecidas de picos ó cordonadura, tenían sin embargo cierto aspecto magestuoso y solemne; los *spencers* junquillos ó rosas, lucían bien sobre un vestido de punto de seda ceñido al cuerpo; el peinado alto, los bucles huecos y la peineta de concha ó de pedrerías, daban á la cabeza cierto carácter monumental; y sobre todo el traje de *maja andaluza* que consistía en basquiña y cuerpo de alepín morado, y guarnecido por bajo, y en las bocamangas y en los hombros con sendos golpes de cordonadura y abalorios, la mantilla blanca y cruzada al pecho, y zapato y toquilla de color de rosa, era realmente un traje espresivo y fascinador, propio exclusivamente de la gracia y donosura del tipo español.—No estaba este aun desnacionalizado en nuestro Prado de entonces por el horrible manto cachemir, ni por las capas, albornoces, manteletas, gabanes y *casavochs*; por las botas atacadas ni por las capotas y sombreros que después han venido á borrar completamente en nuestras damas la fisonomía propia del país; y si bien por la ausencia de todas estas adiciones, abrigos é hiperboles, solían adolecer algún tanto las reuniones de cierta monotonía y seriedad, por lo menos pesábase en ellas á punto fijo el quilate y valor de cada persona, medianse á una simple ojeada sus ventajas ó desventajas naturales, su proporción y dimensiones; no había que hacer para ello abstracción alguna de mirriñaques y almidones, armaduras y postizos, prendidos y gasas; ni que adivinar las formas verdaderas á vueltas de quince varas de tela, y del complicado follage de volantes, cintas y guarniciones. Tampoco era necesario buscar las facciones picantes de nuestras madrileñas á la sombra de una historiada *capota* de gasa ó de un *prosaico* sombrero de terciopelo.—Aquella espontánea originalidad de nuestro Prado sobre los pascos extranjeros, tenía, pues, su alhago particular, y marchaba de acuerdo con la sociedad también original de aquellas calendas.

Esta sociedad, así ataviada á la usanza de entonces, es la que representa el grabado que acompaña á este artículo, y está fielmente trasladado de un dibujo contemporáneo. La verdad del conjunto, y la minuciosidad de los detalles, declaran la conciencia del autor, cualquiera que fuese, de este dibujo; pues no solo se limitó á pintar la vista del salón del Prado, y los trajes de los paseantes, si no que (si no nos engaña la tradición ó la memoria) quiso representar y representó en efecto entre los concurrentes á varias de las notabilidades de ambos sexos que por entonces brillaban en salones y paseos; y mas de un curioso, al estender su vista por esos animados grupos, creará reconocer entre ellos las facciones y apostura de un cumplido caballero y célebre marqués, á quien Madrid debió mas adelante altos y distinguidos servicios; las de un grande de España, justamente famoso, que ha representado los primeros papeles en la política, en la diplomacia y en las letras; las de un periodista afamado y amable literato que por entonces formaba las delicias de nuestro teatro y de nuestra sociedad; las de una graciosa y elegante joven por quien suspiraban á la sazón las tres cuartas partes de los *pollitos* de Madrid; las de un tenor italiano que enloquecía con su figura, su canto y modales, á todas las muchachas disponibles y á muchas que no lo eran; y las de otras notabilidades, en fin, que por entonces encerraba en sus muros la heroica capital.—A decir verdad el pincel del autor anduvo un tanto escaso en la esposición de figuras femeniles, ó se consideró poco á propósito para trasladar á su pincel las bellísimas facciones de algunos ástros de aquel brillante cielo. Si esto no fuera, ¿cómo hubiera prescindido de ofrecer en primer término el magestuoso continente y bella fisonomía de la que entonces era conocida por la *reina de las hermanas*, y aun hoy mismo descuella entre las mayores por su gracia y gentileza? ¿Cómo olvidar á aquellas dos hijas de un elevado diplomático, que en los suntuosos salones de París dejaron tan altamente colocada la fama de la belleza española? ¿Ni aquellas otras tres hermanas también hijas de un grande de España, que eran el retrato vivo de las Gracias de la mitología, y en cuyo *album* escribía el corrector poeta D. Ventura de la Vega (entonces *pollo* también) esta ingenua décima en alusión al juicio de París:

«Las tres diosas según creo
que la poma contendían,
tan hermosas no serían
como las tres que aquí veo:

con su difícil empleo
pudo al fin París cumplir;
mas si hubiere de elegir
entre tan lindas hermanas,
á no tener tres manzanas
no pudiera decidir.»

La mejor hora, la hora propia y mas brillante del paseo del Prado, era entonces de una á tres en el invierno, en aquel momento en que bañado completamente por el vivo sol de Madrid dejaba ostentar á los concurrentes las gracias de la persona ó los primores de su atavío. Comiase entonces indefectiblemente á las tres, y por lo tanto no podía prolongarse el paseo matutino mas de aquel par de horas, pero en ellas el espectáculo que ofrecía el hermoso salón era magnífico y fascinador. Las pieles y bordados, los terciopelos y encajes, los diamantes y pedrerías, que ahora parecerían exageraciones de mal tono, y fuera de su lugar en un paseo público, eran entonces requisitos indispensables, obligados adornos de la escogida y brillante sociedad que frecuentaba el Prado á tales horas; y mezclados con los lucidos uniformes de los guardias de Corps y de infantería, que por entonces no se reservaban exclusivamente para los actos del servicio, antes bien gustaban de ostentar sus colores, galones y bordados entre los grupos de las bellas aficionadas: hasta los reposados y vetustos *equipajes* en que á impulsos de dos modestas mulas dejaban conducir por el paseo de la izquierda sus encumbradas personas los altos funcionarios y sublimados magnates; y los mismos silenciosos grupos de ancianos respetables, consejeros, y religiosos que en pausado movimiento se veían deslizar por el lado de S. Fermín, todo ello, en fin, constituía un espectáculo tan original y característico de la época, que de ninguna manera podría adivinarse por el que presenta hoy este mismo Prado y esta misma sociedad.

Aquella, como digimos arriba, era á la sazón *pollo* también.—Todavía no había sido agitada por las revoluciones políticas sino muy superficial y pasajera; todavía no había sentido apenas el movimiento de la vida pública, las osadas aspiraciones al poder, el frenesí del mando, y el menosprecio de la autoridad: las enconadas discusiones, las asociaciones turbulentas, los pronunciamientos y complotes le estaban prohibidos; carecía de prensa periódica, de tribuna y de plaza pública. Tampoco había visto introducido aun el llamado *romanticismo* en la literatura, el vapor y el gas en las ciencias y en las artes, y el sabor extranjero en las leyes, en los usos, y en el idioma vulgar.

Los jóvenes *techuquinos*, elegantes ó *tónicos*, como entonces eran apellidados, y que representaban la parte mas tierna de aquella sociedad, no habían podido figurar en los anteriores acontecimientos del país que fueron el germen de su nueva organización; no habían viajado ni aprendido en el extranjero principios ni modales; no tenían ambiciones políticas, ni tampoco pujos literarios; habían frecuentado *pro forma* las aulas de los PP. Escolapios, de S. Isidro ó de Santo Tomás, el Seminario de nobles, ó el Colegio de cadetes, para seguir por sus pasos contados una carrera que les permitiese en adelante abrir un bufete, entrar en una oficina, ó ceñirla espada y marchar á servir al rey. A ninguno le pasaba por las mientes el mas mínimo asomo de independencia ambiciosa, ni era tampoco posible improvisarse en el mundo á los veinte ó pocos mas años bajo el aspecto de hombre de importancia, de político consumado, de periodista audaz, de fogoso tribuno, de distinguido literato; ni tomar por asalto las grandes posiciones de la diplomacia, de la magistratura y de la administración.—Contentos y satisfechos con su afortunada edad juvenil, dejaban involuntaria y graciosamente aquellas ambiciones, aquellos puestos, aquellos cuidados á sus padres y abuelos; y entretanto, á vueltas de los indispensables y respectivos estudios de la lógica ó de las matemáticas, de la ordenanza ó la partida doble, entregaban las horas de vagar á los devaneos de la edad, al cultivo de las modas, al alegre estudio de la música y del baile, al primor del Prado, y al alhago de los amores de balcón ó de las tertulias de confianza.

Estas (no decoradas aun con el exótico nombre de *soirées*) no ofrecían, es verdad, el magnífico y deslumbrador aparato que posteriormente han presentado á nuestros sentidos en elegantes salones suntuosamente decorados y alumbrados; ni brindaban como estos á la brillante y numerosa concurrencia los vivos goces de un bullicioso baile, de un brillante concierto, de un animado festín.—Limitábanse, pues, por lo general, á la reunión de media docena de familias conocidas, cuyos individuos, de diversos sexos, edades y condiciones, se agrupaban y estendían en sabrosas pláticas, en tiernos coloquios; ya en derredor del antiguo y prosaico brasero en el invierno, ya delante de los balcones y miradores en verano; ó bien en torno de una ancha y prolongada mesa improvisaban una modesta partida de lotería; ó en móviles y animados grupos armaban alegre zambra en sencillos juegos de prendas, que si ahora parecen pueriles ó incompetentes á

nuestros encumbrados mancebos, envolvían para los de entonces mas interés, y ocasionaban mas peripecias que todos los dramas del día.—O bien, en ciertos días solemnes en que se celebraba el santo de la señorita ó la salida del primer diente del mayorazgo, se reforzaba el instrumental del piano de cinco octavas, con un mal violineo de seis pesetas por noche, con que podían lucir sus habilidades ó ingeniosas combinaciones los cabeceras de contradanza, los rigodonistas y gaboteros, los fundadores de la *Grecia* ó la *Bolangers*; ó bien se convidaba al Sr. *Tapia* ó á otros diestros tañedores de vihuela y entonadores primorosos de lindísimas canciones nacionales, para que se sirviesen asistir á amenizar la reunion; y la niña de la casa, venciendo también su natural timidez, solía alternar al piano con las patéticas canciones de la *Atala* ó de la *Valliere*, electrizando luego á la concurrencia con bien diverso tono en la espresiva del *Caramba!* ó en la de *Madre, unos ojuelos* etc...

Tales eran las diversiones privadas, la sociedad íntima de aquella época. Las públicas se reducían á un mal teatro de verso, y otro recientemente dedicado á la ópera italiana.—En el primero, con la muerte de Maiguez, había desaparecido la tragedia clásica; con la ausencia ó desaparición de los buenos escritores, estaba á punto de desaparecer la comedia también.—*Gorostiza* estaba emigrado, y su *Indulgencia para todos* y su *D. Diego* (que le habían colocado en tan buena fama como continuador de *Moratin*) estaban ya vistos y oídos á mas no poder.—*Breton*, que empezaba entonces su magnífica carrera, aun no había dado *A Madrid me vuelvo*, y solo dejaba adivinar sus posteriores triunfos con su primera comedia de *A la vejez viruelas*.—*Gil Zárate* empezaba también á llamar la atención con *Un año después de la boda*; y *Cárnerero* se había encargado de suplir la falta de originales, traduciendo y ampliando con discreción los dramas extranjeros de *Picard* y *Duval*, y las piececitas de *Scribe*.—Todas estas producciones indígenas y extrañas, mezcladas con las de los *Comellas* y *Zabalas*, *Valladares* y *Arellanos* del siglo pasado, eran bastante mal representadas por los actores de la época, entre los que figuraban los *Aveillas*, *Silvostris*, *Infantes* y *Ponces*, habiendo sin embargo algunas en que lucían respectivamente en tal ó cual papel. El gracioso y verdadero actor, *Guzman*, era (como lo fué después muchos años) la tabla de salvamento de las compañías y el encanto del público; y las damas *Agustina Torres*, *Manuela Carmona*, *Rafaela Gonzalez* y *Ramona Leon* también tenían sus respectivos apasionados.—Pero la palma de la victoria en el concepto público la llevaba por entonces la comedia antigua, y con especialidad el repertorio del ingenioso y maligno *Tirso de Molina*, que había, puede decirse, exhumado del olvido en que yacía el discreto y erudito poeta *D. Dionisio Solís*; aquellas comedias, además de su mérito intrínseco y las gracias inagotables de que están sembradas, tuvieron la fortuna de dar en actores que supieron representarlas admirablemente, y la de caer también en gracia al rey Fernando VII, que las escogía con preferencia cuando había de asistir al teatro.—*Don Gil de las calzas verdes*, *Maria la Piadosa*, *La villana de Vallecas*, *Por el sótano y el torio*, *Mari-Hernández la gallega*, *El castigo del pensó que*, *El vergonzoso en palacio*, y otros bellos dramas de aquel ingenio peregrino, fueron por entonces tan admirablemente presentados en la escena por la *Antera Baus*, la *Josefa Virg*, *Juan Carretero* y *Pedro Cubas*, que no es nada extraño que conquistasen rápidamente el favor del público.—Este triunfo, sin embargo, no fué duradero; pues tuvo que ceder ante el entusiasmo producido al mismo tiempo por la organización de la ópera italiana con un esplendor á que no estaba acostumbrada la sociedad de Madrid. Compuesta la nueva compañía del tenor *Montresor*, el bajo *Maggioretti*, el bufo *Vaccani*, la *Cortessi*, tiple, y la *Fabrica*, contralto, con el célebre compositor *Mercadante* de maestro al cembalo, inauguraron sus trabajos en aquel año (1823) con la graciosa ópera del mismo titulada *Elisa y Claudio*, que produjo en los madrileños un verdadero frenesí; la *Zelmira*, el *Coradino*, la *Cenerentola* y la *Gazza ladra* de *Rossini*, y otras muchas óperas de esta importancia, fueron sucesivamente alimentando aquel entusiasmo; y el aparato escénico, y la brillantez del espectáculo, la novedad y la moda, hasta las anécdotas y dotes personales de los cantantes, acabaron de subyugar el gusto público hasta hacerle olvidar sus antiguas inclinaciones y caprichos; se vestía á la *Montresor*, se peinaba á la *Cortessi*, se cantaba á la *Vaccani*, y las mujeres varoniles á la *Fabrica*, causaban efecto en el Prado y en la sociedad. ¡Dichosa aquella en que á falta de razones mas hondas de disension y de rivalidades, se dividían los ánimos entre las modulaciones de un tenor y las arrogancias de un contralto!

En política se ocupaban las gentes en obedecer y callar. Demasiado abusaba desgraciadamente el gobierno de su fuerte posición, y demasiadas lágrimas hacia derramar en una parte de la población complicada en los acontecimientos anteriores; pero no es nuestro objeto el trazar estos sangrientos episodios, y solo si presentar el cuadro general de aquella sociedad. Dejemos, pues, á la mínima parte de ella que por inclinación ó por desgracia se ocupaba de la política, conspirar secretamente y con gran peligro en los subterráneos y calabozos,

corresponderse en misteriosos signos con los emigrados en el extranjero, aguzar los puñales de su venganza, y recordar con honor las violentas escenas de su derrota.—Esta parte escepcional de la sociedad no entra afortunadamente en los risueños términos de nuestro cuadro, ó queda en la sombra para servir de contraste al asunto principal.

La juventud de la época, que es lo que pretendemos hoy trazar en él, no conservaba de la política bulliciosa mas que un recuerdo vago y repugnante de las asonadas y guerras civiles, de los *trágatas* y patrióticos *clubs*.—*Lorencini* y la *Fontana de Oro*, teatros que fueron de aquellas desentonadas escenas, eran entonces dos concurridos y prosaicos cafés, refugio el primero de oficiales indefinidos y de ociosos indefinibles que se entretenían en comentar la *Gaceta* (publicada solo tres veces en semana), y en hacer sinceros votos por *Isplanti* ó *Mau-rocordari*, por *Colocotroni* ó por *Cánaris*, los héroes del alzamiento de la Grecia moderna; y el segundo (la *Fontana*) punto de reunion de los hombres graves, ex-políticos, afrancesados y liberales, era un establecimiento... donde se servía buen café.—Ya el reducido contiguo al teatro del Príncipe comenzaba por aquel tiempo á tomar proporciones de *Parnassillo*, con que ha sido conocido después; pero á decir la verdad entonces no podía existir tal parnaso ni chico ni grande, por la sencilla razon de que no existían aun los poetas de la nueva cosecha que después le poblaron, y de los antiguos solo el anciano *Arriaza* era el frecuente comensal. Por lo demas, las opiniones literarias de la época eran no leer; los escritores, en tal orden de ideas, venían á ser muebles escusados, y el juez de imprentas no tenía mas ocupacion que la que le daba dos veces en semana el insipido *Correo mercantil*.

La ocupacion mas importante de aquella época y que envolvía cierto carácter á la vez religioso, político y popular, era el jubileo del año Santo, para celebrar el cual se improvisaban diariamente magníficas procesiones en que figuraban la corte y los tribunales y oficinas, las comunidades, cofradías y establecimientos públicos, desplegando á porfía su celo religioso, y su pompa mundana para ganar, al paso que las indulgencias de la iglesia, los favores y protección del gobierno del Estado. También la juventud de la época, que todo lo convertía en sustancia, que de todo hacia chacota, así de las asonadas de antaño, como de las rogativas de ogaño, asistía con entusiasmo á las iglesias y á las procesiones, siguiera no fuera mas que para recrear la vista con la prodigiosa variedad de uniformes hábitos y medallas de las corporaciones, comunidades y cofradías, y para entablar vueltas de ellas sus amores y galanteos con las devotas muchachas que poblaban calles y balcones; para echarla, en fin, de *sprints forts* y armar algazara y reir indecorosamente en el templo del Señor (por desgracia no sin motivo), oyendo las escándalosidades del padre *Ayusto*, ó las piadosas blasfemias y ridículos apóstrofes de *Fr. Gabriel de Madrid*.

Aquella juventud, alegre, descreída, frívola y danzadora, con el transecurso de los años, la experiencia de la vida y las revueltas de los tiempos, se ha convertido hoy en representante de las nuevas ideas de una nueva sociedad. Una parte de ella, arrastrada por los sucesos de la época, por las opiniones políticas, ó por su pundonor y caballerosidad, desapareció luchando en los campos de batalla, en la tribuna y en la prensa: *Diego Leon*, *Campo-Alange*, los *Odonells*, *Larra*, *Espronceda*, *Abenamar*; otra parte, viva aun, continúa, no sin gloria y preciado nombre, aquella lucha animada, aquellas lides del talento y del valor. Algunos de aquellos mancebos ó pollos que arriba dejamos borraeados, conducen hoy nuestros ejércitos á la victoria, y se llaman *Córdoba* y *Concha*, *Pezuela*, *Roncald* ó *Urbistondo*; otros brillan en la tribuna ó se sientan en los consejos de la corona, y se nombran *Olozaga*, *Escosura*, *Roca de Togores*, *Caballero* y *Donoso Cortés*; y otros, en fin, cultivan modestamente las letras y úrman sus escritos con los nombres de *Breton de los Herreros*, *Hartzenbusch*, *El Estudiante*, *Ochoa*, *Ventura de la Vega*, el *Solitario*, y

EL CURIOSO PARLANTE.



LA FOCA O VACA MARINA.

Los focas, ó comunmente las vacas marinas, son unos animales cuya vida es casi enteramente acuática, aunque por su conformación interior y exterior pertenecen á la clase de los mamíferos, donde deben colocarse al lado de los gatos y demas animales carnívoros. Su alimento esencial, que es el pescado, está en armonía con su habitual morada en el mar.

Las focas (pues con este nombre la significa la historia natural) habitan en todos los puntos del globo, y principalmente en los mares, en los desembocaderos de los rios y en las bahías de las zonas frias ó heladas. Se encuentran igualmente en el Mediterráneo, y creemos deba referirse á las focas todo cuanto dice la mitología de las sirenas, de estas encantadoras que con su melodiosa voz y sus dulces miradas cautivaban á los viajeros para luego devorarles, dejando las playas que frecuentaban blanqueadas con los dispersos huesos de sus víctimas. Con efecto, las sirenas, segun los poetas, habitaban en grutas profundas situadas en playas desiertas; y estos sitios son los que las focas eligen, y donde se retiran á descansar cuando salen del mar. Las sirenas encantaban á los navegantes con una espresion engañosa de bondad, con una mirada tierna y espresiva; y es sabido que la cabeza redondeada, la frente ancha y arqueada, animada con dos grandes ojos en los que domina una brillantez agradable, dan á las focas aquella fisonomía bondadosa y dulce de un perro muy apasionado á su dueño. El gracioso continente, el busto realzado de la foca cuando está tendido de llano su cuerpo, un pecho ancho y un cuello bien ligado con las espaldas, dan tal vez á este animal alguna semejanza á la conformación exterior de una mujer. En cuanto á su voz, la mitología nos engaña ó se engañó; porque si las sirenas tenían una voz deliciosa, no así las focas, que solo arrojan gemidos prolongados ó mas bien gruñidos muy fuertes y nada armoniosos. Respecto á la cola de pescado que, segun dice Horacio, terminaba indignamente el cuerpo de las sirenas, en las focas la encontramos tambien, indicada por los dos miembros posteriores adheridos el uno al otro hácia atrás, de modo que constituyen una especie de timon doble, y finalizan en pies palmados ó aletas. Las sirenas devoraban á los viajeros, ó mas bien, como lo hacen las focas, de las que son la fábula mitológica, se contentaban con pescados, y los historiadores de aquel tiempo, medrosos ó ignorantes, tomaban por huesos humanos los esqueletos de los cetáceos ó de los pescados abandonados sobre las playas por las focas despues de opulentas comidas.

Estos animales, tales como los que en el día se conocen, ya en el estado salvaje, ya en el de cautiverio, tienen una suavidad de costumbres, una timidez, una facilidad en reconocer los servicios que les prestan sus dueños, y en amansarse, que en estas cualidades no hay animal alguno que le sobrepuje, si no es el perro en su estado doméstico. Se ha observado que su cerebro manifiesta un desarrollo que es casi siempre una señal cierta de grandes ventajas en la parte moral, y no hay duda que podría sacarse de las focas un gran partido para la pesca, si sus hábitos marinos no impidiesen creer que podrían vivir en el estado doméstico.

Las focas, como especies, son muy difíciles de distinguir entre sí. Un pelaje uniforme, compuesto de un pelo duro parecido al de un cepillo, algunas veces mezclado con un vello suave de un color leonado, gris, negro ó abigarrado de todos estos colores, son caracteres que sirven muy poco para clasificarlas. Para esto, se valen los naturalistas del hocico, cuya forma no es la misma en todos los individuos; por ejemplo, una de las especies que habita en el Océano Pacífico, tiene tan prolongada y móvil la nariz, que casi se parece á una trompa. Otras se distinguen por la forma de las orejas: los dientes, en general mas puntiagudos que cortantes, son á propósito para reducir á grandes pedazos la carne sólida de los pescados, mas bien que para triturarla y convertirla en una pasta ductil.

Los habitantes de las costas de Groenlandia, de Spitzberg y de otras regiones árticas, en la caza de las focas hallan recursos contra las necesidades que les acosan en aquellos climas tan ásperos. Estos animales son para los groenlandeses lo que la vaca y el carnero para nosotros, lo que el cocotero para los habitantes de la mar del Sur, el plátano para los brasileños, etc. Esta es la razon porque entre los groenlandeses goza de una gran consideración en la sociedad el que sabe manejar con destreza el harpon contra *l'attarsoack* (nombre que en Groenlandia se dá á una especie de foca), y toda la educación que allí se dá á un hombre, tiene por objeto hacerle hábil en esta caza tan arriesgada por los peligros marítimos que la acompañan. Los groenlandeses tienen varios modos de cazar á las focas. Si lo hacen al mar libre, tratan de sorprenderlas aproximándose en la dirección del viento, y cuando ellas no pueden mirar á los cazadores sin que los brillantes rayos del sol hieran sus ojos, con cuyas precauciones se

hallan sorprendidas sin haber visto ni oído á sus perseguidores. Así que estos se hallan á distancia proporcionada, el harponero arroja á la mas inmediata un dardo, á cuyo mango está atada por medio de una cuerda una vejiga llena de aire. Herida la foca, se sumerge con la velocidad de una flecha, arrastrando tras sí la vejiga, que por su resistencia á sumergirse, embaraza los movimientos del animal, é indica su vuelta á la superficie para respirar, de modo que los cazadores se hallan advertidos para herirle con repetición hasta matarle. Otras veces, con gritos y clamores, aturden á las bandadas de focas, las cuales se van al fondo del agua, donde permanecen tanto tiempo, que al volver á la superficie estan como asfixiadas, y son por esta razon fáciles de matar con el dardo ó con la escopeta.

En el invierno, cuando están cubiertas de hielo las bahías frecuentadas por las focas, estas buscan por todas partes agujeros ó grietas para penetrar en el elemento que tanto aman; y á estos agujeros, parecidos á una especie de respiraderos abiertos por la naturaleza en aquella gran bóveda, por el frio construida á la superficie del Océano, es donde las focas van á respirar. Los groenlandeses, agazapados en la nieve al borde de las indicadas aberturas, con la mayor paciencia esperan que las focas lleguen á sacar la cabeza, y entonces dan el golpe con seguridad.—En Escocia, en las orcas, en las islas de *Shetland* y en todos los escollos de este mar, abundan mucho estos animales, que por lo ordinario se refugian en grutas profundas que el mar ha escavado al pie de las riberas escarpadas. Los cazadores en barquillas ligeras penetran en estos puntos á la luz de hachones y hacen una gran matanza de focas que se hallan sorprendidas ó admiradas en tanta manera de este resplandor á que no están acostumbradas, que se dejan matar á mazadas que les dan sobre la nariz, en cuya parte son mortales los golpes para ellas, como lo son para el perro doméstico. Esta caza se hace en Escocia en lanchas y con escopetas, cuyos cañones están rayados y alargan mucho el tiro. Los cazadores se ocultan detrás de las puntas de las rocas, y en las troneras naturalmente abiertas en las desigualdades de estas murallas apoyan sus largas escopetas, y con aquel acierto que solo pertenece á los cazadores consumados, hieren con un plomo mortal á las focas, que retozan en el agua, á una distancia de mas de 300 pasos. La grasa de las focas, asi como la de las marposas y la de otros cetáceos, se convierte en aceite para las tenerías y el alumbrado; las pieles de las focas, despues de secas al aire, se venden á los zurradores, y aunque no son útiles para suelas de zapatos, guarnecidas de su pelo son buenas para forrar maletas, mochilas, morrales y para hacer gorras y capas impenetrables á la lluvia.

En el día algunos buques franceses de San-Malo y de Nantes van á la pesca de las focas, que es tan provechosa como la de los cetáceos. Tal vez los armadores de esos buques cometen un error en no traerse los huesos, cuya venta seria segura para la composición del armoniaco y del carbon animal.

Vida campestre en Inglaterra.

El gusto de los ingleses en el cultivo de la tierra, y lo que llamamos vistas de jardines, es sin igual. Nada hay que imponga mas que el golpe de vista de los parques. Pero lo que mas deleita es la invención con que adornan los ingleses las residencias sencillas de las clases medias. La habitación mas rústica, la porción mas pequeña y árida de tierra, en manos de un inglés que tenga gusto, se convierte en un paraíso. La residencia de la gente fina y rica en el campo, ha esparcido cierto grado de elegancia y gusto en economía rural, aun en las clases mas bajas. Hasta el labrador en su choza de paja, y su pequeño pedazo de tierra, erida de su adorno. La igualdad de la cerca, el parque de verdura en frente de la puerta, el banco de flores encajonado, la madre-selva recostada sobre la pared, y las flores colgando sobre las celosías, la maceta de flores á la ventana, las siempre-vivas plantadas con la mira de destruir lo lúgubre del invierno y dar el resplandor de verano que alegra la chimenea; todo esto prueba la influencia del gusto, que se esparce desde su elevado origen, y comprende los niveles mas bajos del gusto general.

Si, como dicen los poetas, los amantes se deleitan al entrar en una choza, debe ser en la del labrador inglés. La inclinación á la vida rural en la clase elevada, ha tenido buen efecto en el carácter nacional. Puede que no haya mejor raza de hombres que los ingleses. En lugar de la afeminación y delicadeza de los hombres de cierta categoría en otros países, reúnen la fuerza á la elegancia, y una robustez de configuración y colores, que debe atribuirse á estar espuestos á la intemperie, y al estremo con que se entregan á la vida campestre. El resultado de esta parcialidad de los hombres de gusto á las diversiones rura-

les, ha tenido también un efecto extraordinario con respecto á la vida del campo. La mayor parte de la isla es llana, y sería monótona á no ser por lo agradable del cultivo. Pero está adornada, y cubierta de palacios y castillos, y esmaltada de parques y jardines. No abunda en perspectivas grandes y sublimes, sino mas bien en escenas de tranquilidad doméstica, y sosegada quietud. Cada cortijo antiguo, y choza cubierta de musgo, son objetos dignos del pincel; y como el camino da vuelta continuamente y está interrumpida la vista por arboledas y cercas, se recrean los ojos con la variedad de las perspectivas de un modo deleitoso. El verdadero encanto, no obstante, está en los sentimientos de moralidad que parece regir á tanta hermosura. Se asocia á la imaginación con ideas de orden y tranquilidad, de principios establecidos, de costumbres antiguas y reverenciadas.

Es muy agradable los domingos, cuando las campanas transmiten sus llamadas al través de los campos sosegados, ver á los campesinos con sus mejores vestidos, aspectos saludables, y modesto regocijo, ocuparse alegremente el camino de la iglesia: y no es menos grato por la tarde verlos juntarse á la puerta de sus cabañas, gloriándose aparentemente de las humildes comodidades y bellezas que se han proporcionado con su propio trabajo. Estos sentimientos de patriotismo, esta satisfacción de amor y cariño son las escenas domésticas, que sobre todo deben considerarse como el origen de las virtudes mas arraigadas, y de los goces mas puros.

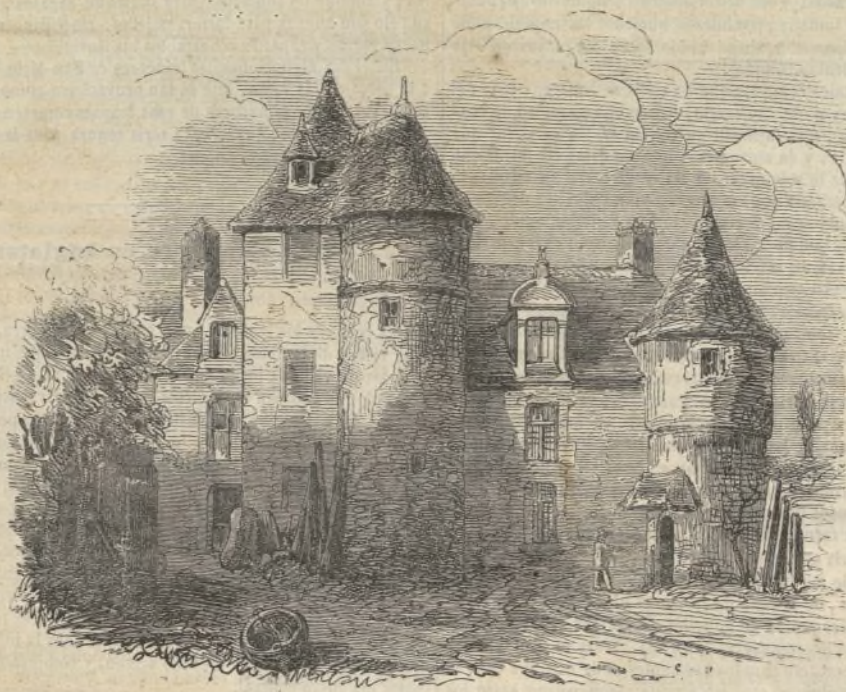
Los periodos de la vida humana.

Infancia: de uno á siete años de edad; esta es la de los accidentes, penas, necesidades, sensibilidad. Adolescencia: de ocho á ca-

torce; edad de esperanza, imprevisión, curiosidad, impaciencia. Pubertad: de quince á veinte y uno; edad de triunfos y deseos, amor propio, independencia, vanidad. Juventud: de veinte y dos á veinte y ocho; edad de placer, amor, sensualidad, inconstancia, entusiasmo. Virilidad: de veinte y nueve á treinta y cinco; edad de gozos, ambición y fuego de todas las pasiones. Edad media: de treinta y seis á cuarenta y dos; edad de consistencia, deseo, de fortuna, de gloria y honores. Edad madura: edad de posesión, el reino de la sabiduría, razón y amor de propiedad. Declinación de la vida: de cincuenta á cincuenta y seis; edad de reflexión, amor de tranquilidad, previsión y prudencia. Principio de vejez: de cincuenta y siete á sesenta y tres; edad de los arrepentimientos, cuidados, inquietudes, mal genio y deseo de gobernarlo todo. Vejez: de sesenta y cuatro á setenta; edad de las enfermedades, exigencia, amor de autoridad, sumisión. Decrepitud: de setenta y uno á setenta y siete; edad de avaricia, celos y envidia. Caduquez: de setenta y ocho á ochenta y uno; edad de desconfianza, falta de sentimiento y sospechas. Edad de favor: de ochenta y cinco á noventa y uno; edad de insensibilidad, amor de la adulación, de atención é indulgencia. Edad de milagro: de noventa y dos á noventa y ocho; edad de indiferencia, y amor de alabanza. Fenómeno: de noventa y nueve á ciento cinco; edad de insensibilidad, esperanza y la vida postrera.

SOLUCION DEL GREGARIO PUBLICADO EN EL NÚMERO 21.

Si quieres un día bueno hazte la barba, un mes bueno mata un puerco, un año bueno cástate, un siempre bueno hazte clérigo.



(Francia.—Castillo de Lassan.)